

pues en ese equilibrio cuya fisiología forma la base de la moral. . . . Cuando me examino y me juzgo á mí mismo, me encuentro *absolutamente inocente*. . . . Me he salvado con el asesinato. Hubiera preferido salvarme de otro modo; esto, sin duda, no estaba en mi mano. . . . Tal vez el crimen estaba en mi destino. Me hallo bajo el influjo de la fatalidad hereditaria. Esto supuesto, no soy yo quien ha cometido este homicidio, es el ser misterioso que llevo dentro de mí; ¡es mi padre, es el Desconocido! . . ."

¿De qué se trata? Señores, de una mezcla inaudita de liviandad y de crueldad, de una escena de vergüenza que sobrepuja á toda descripción y se termina con una puñalada. ¡Y ni una palabra del autor para estampar en esta moral y en este crimen la marca de una infamia dos veces merecida; ni una palabra para excitar contra lo horrible el legítimo horror del alma; el asesino se aplaude á sí mismo por el asesinato, y el autor añade á ese crimen sin remordimientos y á esa apología sin pudor la complicidad de su silencio! ¡Ah, Señores! ¡Esto no es tan solo inmoralidad; esto se llama el cinismo de la literatura!

Para completar al par que su propia perversion la decadencia artística, no faltaba mas que una cosa á nuestra literatura, ya doblemente pervertida; era caer, y hacer caer consigo al arte, en la vergüenza de la especulación y en el oprobio del oficio venal.

Decíamos no ha mucho que el olvido de sí propio es en las obras la condicion de las inspiraciones sinceras y de las ejecuciones espléndidas. La preocupacion del yo tiende á matar el arte en esencia; devora sus gérmenes mas divinos, ciega sus fuentes mas fecundas; y esto, aun cuando el artista no se busque á sí mismo sino en aquello que se juzga lo

mas noble en el hombre, la ambicion, la fama, la gloria misma. ¿Qué será, pues, cuando el artista se busca en aquello que hay mas esencialmente inferior, la plata, el oro, las riquezas, el bienestar; cuando el arte, es decir, la expresion de lo bello por medio del génio, no tiene mas ambicion que de llegar á lo útil, y de llegar, las mas veces, sacrificando lo que hay mas bello?

¡Pues bien, Señores; en vano quisiéramos ocultar á los ojos del extranjero este deshonor nacional: el pensamiento entre nosotros se explota como un vil metal! La verdad, la belleza, lo bueno tienen un valor numérico y se estiman á peso de oro. Oigo resonar en torno mio un idioma desconocido á nuestros padres. Oigo hablar de empresa literaria, de mercantilismo literario, de agiotage literario. ¡La literatura viene á ser como una California en que se precipita la codicia literata, buscando en todos sentidos ese metal immaculado que llama religiosamente el redentor de la miseria! ¡Qué degradante espectáculo! ¡Mirad en torno vuestro esos literatos que escriben, escriben, escriben, este la novela, aquel el folletin, aquel otro el drama, quién la crónica, quién sus impresiones, quién sus sueños, quién por fin sus recuerdos, su historia, su vida, sus memorias! . . . ¿Qué buscan esa prosa y esa poesía? ¿Adónde van esas novelas y esos folletines, esos dramas y esas crónicas, esas impresiones y esas historias? A la California de la literatura moderna. Dicen que corren tras de lo bello bajo formas nuevas. ¡Lo bello! ¡Vaya en gracia! ¡En verdad que les importa lo bello! Para ellos lo bello es lo útil, es decir, lo que produce. ¿Creeis que esos hombres siguen la impulsión de la idea, la inspiracion del génio, el soplo del corazon, el arranque del númen? Nada de eso. Mirad con atencion; el financiero está detrás de ellos: ved ahí el Dios que los inspira y

gobierna su palabra. El dice: escribid esto, y lo escriben; arruinad á este hombre, y lo arruinan; propagad esta mentira, y la propagan. Bajo el reinado de la codicia, hé aquí donde cae la literatura; en el tráfico. En el hombre de letras no veo ya mas que el hombre de negocios; en el hombre del arte, el hombre del comercio. El talento se manifiesta, no ya con el poder de realizar lo bello, sino con la habilidad de especular, de sacar provecho; y el génio mismo se precipita hasta el mas bajo de todos los oficios: ¡el oficio de hacer oro!

Para aumentar el mercantilismo de la literatura y la decadencia del arte, existe lo que algunos autores han apellidado justamente con un nombre que me perdonareis que repita desde esta cátedra; existe la *compadrería*, la liga venal y despótica de la literatura reinante. ¡Cabalas literarias! Con esto hay para aplastar el talento honrado, humilde, casto y cristiano; hay para hacer desesperar al génio mismo, sin fuerzas para vencer la coalicion de estas venalidades en complicidad. Con las cabalas literarias se empuja á la gloria ó á la fortuna las medianías audaces, insolentes, libertinas; con ellas hay sobre todo para hacer un inmenso ruido en torno á las pobrezaas literarias y artísticas producidas por el anticristianismo, y para tramar en derredor de las grandes obras la conspiracion del silencio. ¡Ah! ¿Como pintaros la liga literaria, es decir, la sociedad de admiracion mútua y de explotacion comun, bajo la razon social de mentira, egoismo y venalidad, cómo pintárosla en su verdad, es decir, en su sencilla deformidad? Escuchad: Cleófilo y Crisófilo han hecho un pacto fraternal; el uno ha dicho al otro: "Empújame y yo te empujaré; dí que soy un Virgilio y yo diré que tu eres un Homero." Hé aquí la imágen simplificada de la cabala literaria. Sean dos ó sean ciento, siempre

es la misma cosa. ¿No sois del cenáculo en que se deciden los grandes triunfos? ¡Ay de vosotros! Seréis vencidos por la liga triunfante.

Para gobernar este imperio de la Bohemia dorada, existe la magestad de los advenedizos y enriquecidos. A semejanza de los monarcas, tienen una corte, y en esta corte hay lacayos que visten su librea y tienen por oficio que les produce abundantes gages, el proclamar oráculo cuánto cae de su pluma y obra maestra de génio cuánto sale de su cabeza. Su fortuna literaria está hecha; son aclamados príncipes de la literatura moderna; en adelante ya no pueden ser medianos. Tocan con la punta del dedo su olímpica frente, y salen de ella creaciones y obras maestras perfectas, como Minerva salía bellísima y armada de punta en blanco, del cerebro de Júpiter; y la compadrería exclama: ¡milagro! ¿Qué digo? Estos reyes de la literatura algunas veces aun no han hablado, y ya se sabe lo que van á decir; aun no ha salido á luz la obra, pero se sabe que va á aparecer y ya se la proclama una obra maestra del génio colosal. Y cuando se les antoje, se reirán tambien hasta este grado de la estupidez humana: tomarán bajo su alta proteccion una vulgaridad literaria, primer parto de un estudiantillo escapado del colegio: estamparán con tres gotas de su tinta, la ilustracion de su firma; ¡y mañana el público, gracias al palmeteo bien calculado de la liga que aplaude con estrépito, se extasiará en presencia de estos borrones de bachiller, como delante de la obra mas bella del maestro!

Para asegurar este éxito una y mil veces vergonzoso, que humilla á la vez á la literatura, al arte y á la humanidad, ya sabeis las potencias que se invoca: entre todas, estas cuatro cosas que un crítico justamente ilustre (1) ha denominado tan bien "las

(1) De Pontmartin.

cuatro grandes potencias de la literatura contemporánea, á saber: el Anuncio, el Cartel, la Prima, y la Reclamacion." Por ellas y con ellas, las industrias innobles y las invenciones mas sórdidas conspiran en la sombra ó á la luz del día contra el honor de la literatura y la magestad del arte. . . . Sí, Señores. ¡La mercancía literaria explotada, vendida, comprada, alterada y falsificada como no lo es la droga mas vulgar que se pone al servicio de nuestras necesidades mas triviales; sí, todos estos manjares literarios ofrecidos á nuestros gustos depravados, y que se juzgan tan delicados, sujetos á mas ardidés y falsificaciones mercantiles que los alimentos que se preparan para vuestras mesas por la habilidad ó la astucia del ínfimo comercio! ¡Hé aquí, empero, á qué punto hemos llegado! . . . ¡Por todos lados hombres que pesan el pensamiento á peso de oro, que venden como en los remates, al mejor postor, y revestidas de palabras venales, ideas y opiniones, ataques y defensas, vituperios ó elogios, y que adjudican á los artistas la victoria ó la derrota, la humillacion ó la gloria! . . .

¡Oh degradacion, oh degradacion de la literatura, que arrastra fatalmente consigo, así como la ruina arrastra á la ruina, la degradacion del arte! ¡Oh! ¡Quién vendrá, con el látigo en la mano, á arrojar del santuario de las letras estos vendedores y estos compradores del pensamiento humano? ¡Quién vendrá á barrer del templo del arte esas inmundicias acumuladas por la inmoralidad, el cinismo y el agiotage de la literatura viviente? ¡Quién sabrá azotar con una indignacion intrépida todas esas deformidades y todas esas perversiones literarias que al abajar y deshorrar la dignidad del arte, abajan y deshonoran la misma humanidad? ¡Vosotros, los que sosteneis con dignidad é independencia vuestro nombre de críticos! ¡Oh! ¡Que Dios os conceda, com-

prender aquí la grandeza de vuestra mision y el poder de vuestro ministerio! Sed, en presencia de las verdaderas obras maestras, al menos en presencia de las cosas verdaderamente bellas, sed como los artistas mismos; apasionaos santamente de la eterna belleza. Subid, por el amor de esta belleza infinita, hasta la imparcialidad absoluta de la justicia y de la santidad. Que en las creaciones del arte, vuestra mirada descubra y penetre todo lo que es verdad; que sepa distinguir hasta en su oscuridad, el génio que mañana, gracias á vosotros, resplandecerá bajo el sol de la publicidad; que vuestro corazon ame y abrace todo lo que es bello, y que vuestra voz, fiel intérprete del génio creador, repita y cante, juntamente con sus obras, todo lo que es armonioso; y á fuerza de entusiasmo sincero frente á la verdadera belleza, llegareis hasta la suprema imparcialidad.

Pero si lo abyecto viene á deciros: "Yo soy lo sublime;" si el vicio se despliega en su literatura desvergonzada diciendos: "Yo soy la virtud; si lo falso se adorna con sus sofismas y os dice con un lujo mentiroso: "Yo soy la verdad;" si lo deforme en fin, si lo deforme mismo, cubriendose con su fealdad se atreve á deciros presentandose ante vosotros: "Miradme, yo soy lo bello." ¡Oh! Entonces, yo os lo ruego, en el nombre del arte y de la literatura, en el nombre de su dignidad y de la nuestra, en el nombre de nuestro progreso y de nuestra civilizacion, dejad, dejad caer sobre esas bárbaras tentativas tesoros de valerosa indignacion y de cólera generosa. ¡Azotad, azotad; y para la mayor gloria de la verdad, de la virtud y del arte mismo arrojad del templo de la belleza á esos profanadores de la belleza! . . .

¡Artistas, literatos, príncipes del arte ó de la literatura contemporánea! ¡Ah! ¡No digais para excusar los abusos del arte y las prevaricaciones de vuestro génio, no digais que el torrente del siglo os arre-

bata, que sus aspiraciones os dominan, que sus depravaciones os mandan y que es fuerza arrojar á gustos depravados el alimento que os piden! ¿Para qué, pues, existís vosotros? ¿Para qué llevais ese bello nombre que os impone obligaciones ante los hombres, si ha de ser tan solo para seguir las corrientes de depravaciones que arrebatan á la humanidad? ¡Ah! Sino teneis otro fin que el de precipitar nuestra caída, dejadnos; no habemos menester de vuestras obras para que nos empujen al abismo; el peso de nuestros errores y nuestras costumbres, ¡ay! nos arrastra ya bastante por sí solo.

Y nosotros, Señores, que no somos artistas, ¡ah! no olvidemos jamás que tenemos en presencia de las corrupciones y prevaricaciones del génio del arte, nuestra parte de legítima responsabilidad.... No olvidemos que los errores que profesamos, las costumbres que ponemos por obra y la literatura que estimulamos, forman en derredor de nuestros artistas una atmósfera tres veces viciada, que los penetran los invaden, los rodean, y se convierten, á pesar de ellos, en inspiradores de todas las aberraciones de su génio y de todas las perversiones de su arte; que lo que ellos tienen principalmente tentacion de pintar, lo que se imprime en su imaginacion ardiente, lo que solicita día y noche como una seduccion continua su vibrante naturaleza es el modelo viviente que nosotros les presentamos cada día, y que somos nosotros mismos, con nuestros vicios ó nuestras virtudes, con nuestras grandezas ó nuestras bajezas. Toca á los artistas el esforzarse por elevar con sus obras el nivel de nuestras doctrinas, de nuestras costumbres y de nuestras letras; sí, pero á nosotros toca elevar con nuestra literatura, nuestras costumbres y nuestras doctrinas, la mirada, el ideal, la inspiracion, las obras de los artistas, y con todo esto el nivel de nuestras artes amenazadas de bajar, de caída en caída, hasta esa extrema decadencia que se llama realismo.



CONFERENCIA QUINTA.

El Realismo en el Arte.

Señores:

Hemos visto como nuestro siglo, con las grandes corrientes que lo atraviesan, amenaza con arrebatarse el arte, en medio de nosotros, hácia todas las abyecciones y todas las decadencias; la corriente de las ideas, la corriente de las costumbres, la corriente de las letras, con sus olas siempre en aumento, hacen crecer entre nosotros el río de las depravaciones contemporáneas que amenazan al arte no solo con la decadencia, sino con la ruina total. Notadlo bien, Señores, no digo que la decadencia artística, á la hora de esta, sea un hecho consumado: conozco las glorias artísticas de nuestra época, sé apreciarlas, y como cualquiera otro enorgullecerme de ellas por mi patria; pero digo que hay en nuestro siglo, y aun hoy día, corrientes que *amenazan* con arrebatarse el arte hasta la decadencia; es menester ser optimista preocupado para no convenir en ello.

Ya vemos, en efecto, aparecer un síntoma terrible de la decadencia del arte. Al cabo de esas perversiones intelectuales, morales y literarias cuyas influencias degradantes sobre el mundo artístico habeis vis-